

humanos y en nuestras diligencias é industrias, y lo postrero acudir á Dios; que ese es un abuso grande que hay en el mundo, que lo primero es poner los ojos en los medios humanos é intentarlos todos, sin acordarse de Dios, y despues, cuando en eso no hallan remedio, y tienen ya el negocio como desahuciado, acuden á él; y por eso permite el Señor que nos falten esos mismos medios humanos que ponemos y en que confiábamos, como lo dijo él al rey Asá: *Quia habuisti fiduciam in Rege Syriae, et non in Domino Deo tuo, idcirco evasit Syria Regis exercitus de manu tua.* II Paral. xvi, v. 7. Porque pusiste tu confianza en el Rey de Siria, y en su ejército y socorro, y te olvidaste de Dios, por eso te faltó su ejército. Oféndese y agráviase mucho Dios de que tomemos otro arrimo sino á él: luego se nos han de ir los ojos á Dios, y una de las principales cosas que tenemos de procurar en la oracion ha de ser asentar en nuestro corazon esta confianza grande en Dios, pues vamos á ella á plantar y asentar virtudes en nuestra alma, y una de ellas, y muy principal y necesaria, es esta: y no tenemos de parar hasta que el corazon esté habituado á acudir luego á Dios en todas las cosas, y confiar en él, y no se vaya á buscar el remedio á otra parte, sino á Dios, y que este sea todo nuestro refugio y amparo, y toda nuestra confianza, confor-

me á aquellas palabras de Josafat, rey de Israel, que las habíamos de traer siempre en la boca y en el corazon: *Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te.* II Paral. xx, v. 12. Como no sepamos lo que nos conviene hacer, solamente nos queda este remedio de acudir á Vos, Señor, que sois nuestro refugio y amparo: *Beatus vir, cujus est nomen Domini spes ejus.* Psalm. xxxix, v. 3. Bienaventurado el que pusiere toda su confianza en Dios.

CAPÍTULO XVIII.

Que no tenemos de desmayar ni desanimarnos aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos.

Vae mihi, quia factus sum sicut qui colligit in autumnu racemos vindemiae: non est botrus ad comedendum! Quéjase el profeta Miqueas, vii, v. 1, en estas palabras del poco fruto que hacia con sus sermones en el pueblo de Israel. ¡Ay de mí, dice, que me ha acontecido lo que suele acontecer á los que en el otoño, despues de hecha la vendimia, van á recoger la rebusca, que pensando hallar algo, no hallan ni un cencerro! De lo mismo se queja el profeta Isaias, xxiv, v. 12: *Relicta est in urbe solitudo, et calamitas*

opprimet portas; quia haec erunt in medio terrae, in medio populorum, quomodo si pauca oliva, quae remanserunt, excutiantur ex olea, et rami, cum fuerit finita vindemia. Una de las cosas que suele desconsolar y desanimar mucho á los que tratan de ayudar y aprovechar á los prójimos es ver el poco fruto que se hace con los sermones y con los demás medios que toman para eso: cuán pocos se convierten, cuán pocos se aprovechan y enmiendan, y cuán pocos son los que perseveran. Por ser esta una queja y tentacion muy comun, satisfarémos aquí á ella, y servirános de un medio muy bueno para animarnos y alentarnos en nuestros ministerios.

San Agustin (1) trata muy bien este punto, y va respondiendo y satisfaciendo á esta queja con el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro. ¿Por ventura, dice, el Hijo de Dios predicó á solos los discípulos, ó á sola la gente que habia de creer en él? ¿No vemos que predicaba tambien á sus enemigos, que venian á tentarle, y á buscar en qué calumniarle? ¿Ó predicaba por ventura solamente cuando tenia mucha gente y muy grande auditorio? ¿No le veis predicando á una sola mujer baja, samaritana, moza de cántaro, y estar tratando con ella aquella cuestion de oracion, si habia de ser en el templo, ó si

(1) August. lib. 1 contra Cresconium Grammatic. cap. 8.

podia ser fuera de él (1)? Empero diréis: Esa sabia él que habia de creer y aprovecharse de su plática y sermon. Es verdad, dice san Agustin; pero ¿qué diréis de tantas veces que trató y predicó á los judíos, fariseos y saduceos, que no solo no habian de creer, sino que habian de calumniarle y perseguirle? Unas veces les preguntaba para convencerlos con sus mismas respuestas, y otras respondia á sus preguntas, aunque sabia que las hacian para tentarle: *Quod cum faceret, nullum ex his legitur ad eum sequendum fuisse conversum:* Ninguno de estos leemos que se haya convertido con esto; y muy bien sabia él lo que habia de ser: mas para darnos ejemplo, quiso predicar á aquellos que sabia que no se habian de convertir ni aprovechar con su predicacion, sino por ventura empeorar; para enseñarnos á nosotros, que no sabemos si los que tratamos se convertirán ó no, que no desistamos de predicar y confesar, y hacer lo que es de nuestra parte, ni nos desanimemos por no ver luego al ojo el fruto. Por ventura está ahí alguna alma predestinada por medio de esta predicacion, y el Señor tocará su corazon por medio de esa vuestra plática ó sermon; y aunque ahora os parezca que no se convierte ni aprovecha, quizás despues se convertirá; y aquella semilla de la palabra de Dios que cayó en su corazon dará despues fruto, como sue-

(1) Joan. iv, 20.

le acontecer; y así nunca habemos de dejar de hacer lo que es de nuestra parte para ayudar á nuestros prójimos.

Gerson en un tratado que hace de *parvulis trahendis ad Christum* habla muy bien en esto contra los que desmayan y se desaniman para confesar y tratar á cierto género de gentes; porque les parece que no perseveran, y que se vuelven luego á sus pecados, y que lo que se trabaja con ellos es tiempo perdido, y cómo quien lo echa en saco roto. Va allí Gerson animando y exhortando á los confesores que se apliquen á confesar muchachos, y dice que hay grande fruto en ello, porque estos *sunt in bivio*; están entre dos caminos, y seguirán aquel en que les pusieren, y serán del primero que los previniere: si les previenen de parte del demonio y del mundo, ese seguirán; y si de parte de Dios, también: y así importa mucho mostrarles el camino de la virtud, é imponerles en él al principio, porque con eso se quedarán. Y responde á la objecion y excusa de algunos que no quieren confesar á estos, diciendo que es tiempo perdido el que se gasta con ellos; porque no tienen capacidad para lo que se les dice, y en acabándose de confesar luego se vuelven á sus costumbres, y se van á jugar y reñir unos con otros, como si no les hubieran dicho nada. Dice Gerson: Si porque luego se vuelven á sus mañas

y costumbres malas no los queis confesar, de esa manera no confeseis tampoco á los grandes, porque esos también en acabándose de confesar se vuelven luego al vómito y á pecados bien diferentes de los que suelen cometer los muchachos; porque estos muchas veces no llegan á mortales, y esotros sí. ¡Bueno sería por cierto que diésemos de mano á los penitentes, y los dejásemos de confesar, porque luego vuelven á caer en los mismos pecados! no los habemos de dejar de confesar por eso, dice Gerson, ni á los grandes ni á los pequeños, como ellos tengan propósito verdadero de no tornar á ellos; y trae dos comparaciones buenas para esto: *Numquid sentinam navis exhaustiensi, idcirco deserit opus, quia redit tantundem aquæ, quantum expulerit?* ¿Por ventura cuando la nave hace agua, el que da á la bomba deja de dar y sacar por ver que luego se torna á entrar otra tanta? *Si quotidie manus sordidantur, non minus abluimus illas; quia, et si redeant sordes, non ea tenacitate cohaerescunt:* Y tampoco dejamos de lavar las manos por ver que luego se han de tornar á ensuciar: es menester dar á la bomba, aunque veamos que luego se torna á entrar otra tanta agua; porque sino se hundiría la nave, y con eso no se hunde; y es menester lavar las manos muchas veces, aunque luego se hayan de tornar á ensuciar; porque no

se arraigue la suciedad, y así sea despues difícil de quitar. Pues de la misma manera no habemos de dejar de confesar y ayudar á los penitentes por ver que luego se vuelven á los mismos pecados; porque si los dejásemos, se acabarían del todo de perder, y con eso se entretienen, y no se dan tan á rienda suelta á los vicios, y al fin hay esperanza de su salvacion.

Es muy buen ejemplo para esto el que leemos (1) de nuestro bienaventurado Padre san Ignacio: entre otras santas obras en que se ocupaba dió también en remediar malas mujeres, y así procuró que se instituyese en Roma una nueva casa en que fuesen recibidas las que deseaban salir de aquella torpe y miserable vida; porque aunque habia para ellas un monasterio de las Arrepentidas, pero en aquel no se admitían sino las que querían entrar por monjas, y muchas de estas malas mujeres, aunque desean salir de aquel mal estado, no sienten en sí fuerzas para seguir tanta perfeccion; y otras por ser casadas, aunque quieran, no pueden; y así para las unas, como para las otras, procuró que se hiciese un monasterio de santa Marta; y porque ninguno quería comenzar esta obra, aunque se ofrecían muchos á ayudar, comenzó nuestro santo Padre de su pobreza, en tiempo que tenía harta necesidad, con

cien ducados que hizo de unas piedras que mandó vender al procurador para esto; y andaba con tanto fervor en esta obra, que no le impedía por eso el oficio de general que tenía; tanto, que él mismo en persona las acompañaba por medio de la ciudad de Roma, cuando se apartaban de su mala vida, y las llevaba al monasterio de santa Marta, ó á alguna otra casa honesta, donde las recogía. Y decíanle algunos que para qué perdía su tiempo y trabajo en procurar el remedio de estas mujeres, que como tenían hechos callos en los vicios, fácilmente se tornaban á ellos. Á los cuales respondía él; No tengo yo perdido este trabajo; antes os digo, que si yo pudiese con todos los trabajos y cuidados de mi vida hacer que alguna de estas quisiese pasar sola una noche sin pecar, yo los tendría todos por bien empleados, á trueque de que en aquel breve tiempo no fuese ofendida la majestad de mi Criador y Señor, puesto caso que supiese cierto que luego se habia de volver á su torpe y miserable costumbre. De manera que, aunque supiésemos de cierto que los penitentes y aquellos que tratamos se habian de volver luego á sus pecados, por solo que estuviesen sin pecar siquiera una hora, y por evitar un solo pecado mortal, habíamos de dar por muy bien empleado el trabajo de toda nuestra vida; y ese es el verdadero celo de

(1) Lib. 3, cap. 3 de la vida de nuestro Padre san Ignacio.

la honra y gloria de Dios. El que cava buscando algun tesoro, primero saca mucha tierra, y todo lo da por bien empleado por hallar un poco de oro.

Empero pasemos mas adelante: demos que nadie se convirtiese ni cesase de sus pecados, ni aun por sola una hora; con todo eso no nos habemos de dejar de predicar y hacer lo que es de nuestra parte para ayudar á nuestros prójimos. San Bernardo (1) dice esto muy bien, escribiendo al papa Eugenio, que habia sido monje y discípulo suyo. Vale exhortando á que reforme el pueblo romano y la Curia; y despues de haberle exhortado mucho á esto, pone esta objecion: Mas por ventura te reirás de mí diciendo que es por demás tomarse con el pueblo romano, gente proterva y soberbia, amiga de tumultos, guerras y disensiones, gente intratable, indómita, y que no sabe estar en paz ni sujetarse á nadie, sino cuando no puede resistir; y así no hay que esperar, y será trabajar en vano. Respóndele maravillosamente el Santo: *Noli diffidere: curam exigeris, non curationem.* Eccli. xxxii, v. 1. No desconfies por eso; porque no te piden que los sanes, sino que tengas cuidado de ellos, y de aplicar los medios y medicinas que conviene para su remedio. Eso es lo que nos dice el Espíritu Santo por el Sábio: *Rectorem te posuerunt:*

(1) Bernard. lib. 4 de consider. ad Eugen.

curam illorum habe: Hante hecho rector y superior de otros, ten cuidado de ellos. No dijo: *Cura, vel sana illos;* no está obligado el superior á curar y remediar con efecto las faltas de sus súbditos, porque eso no está en su mano. *Non est in medico semper, ut reletur aeger:* Muy bien dijo el otro, que no está en manos del médico sanar siempre al enfermo, ni consiste en eso el ser buen médico, ni el hacer bien su oficio. Mas dejemos, dice, los testimonios de los extraños, pues los tenemos mejores de los nuestros: *At melius propono de tuis tibi. Paulus loquitur: abundantius illis omnibus laboravi. Non ait plus omnibus profui, aut plus omnibus fructificavi.* El apóstol san Pablo dice (1), he trabajado mas que todos: no dijo, he hecho mas fruto que todos; porque sabia muy bien, como quien habia sido enseñado de Dios, que cada uno recibirá el premio y galardón conforme á su trabajo: *Unusquisque autem propriam mercedem accipiet secundum suum laborem.* I ad Cor. iii, v. 8. No conforme al suceso ó fruto que se hiciere; y por eso se gloria el Apóstol en sus trabajos, y no en el fruto; y así dijo tambien en otra parte: *In laboribus plurimis.* II ad Cor. xi, v. 23. Pues así haz tú lo que es de tu parte, planta, riega, labra y cultiva la viña del Señor, y con esto habrás cumplido con lo que está á tu cargo. El crecimiento y fruto no está á tu cuen-

(1) I Cor. xv, 10.

ta, el Señor lo dará cuando él fuere servido; y si por ventura no quisiere darlo, tú ninguna cosa perderás por eso: *Dicente Scriptura: Reddidit justis mercedem laborum suorum,* Sap. x, v. 17; porque Dios paga y da el premio y galardón á cada uno conforme á sus obras y trabajos, y no conforme al suceso y fruto que se sigue. *Securus labor, quem nullus valet evacuare defectus.* ¡Oh dichoso y seguro trabajo, que no se disminuye ni se menoscaba con ningun suceso que acontezca! Aunque ningun fruto se haga, aunque nadie se convierta ni enmiende, tú tendrás tu galardón tan lleno y tan cumplido, como si se convirtieran muchos, y se hiciera grande fruto.

Esto he dicho, dice san Bernardo, sin perjuicio de la bondad y omnipotencia de Dios; porque aunque mas endurecido esté el corazón del pueblo: *Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ.* Matth. iii, v. 9. *Quis scit, si convertatur, et ignoscat, et relinquat post se benedictionem?* Joel, c. ii, v. 14. Poderoso es Dios para hacer de piedras y corazones empedernidos hijos de Abrahán; ¿y quién sabe si lo hará? ¿Quién sabe si volverá Dios aquellos sus ojos de misericordia, y nos dejará su bendición? Pero no trato ahora, dice, de lo que ha de hacer Dios; porque no nos conviene á nosotros escurrir sus altos juicios, sino lo que pretendo es persuadir á los que tienen oficio de acudir á los

prójimos, que no dejen de hacer todo lo que pudieren en eso, por parecerles que no se hace fruto; pues no depende de eso nuestro crecimiento ni nuestro premio, sino de hacer nosotros lo que debemos á nuestro oficio, y de hacerlo con la diligencia y cuidado que debemos. Fuera de esto, por otras dos razones conviene mucho que aunque ninguno se hubiese de convertir, y ningun fruto se hubiese de hacer, con todo eso perseveremos, y no cesemos de predicar, trabajar y hacer todo lo que es de nuestra parte en ayuda de los prójimos, como si se convirtiesen y aprovecharan muchos. Lo primero, conviene esto á la misericordia y grandeza de Dios. Dice bien san Juan Crisóstomo: Las fuentes no dejan de correr, aunque no venga nadie á coger el agua; y es grandeza en una ciudad que esté el agua sobrada, y se derrame y pierda por su abundancia. Pues de la misma manera los predicadores, que son las fuentes por donde ha de correr el agua de la doctrina del Evangelio, no han de dejar de predicar y derramar la palabra de Dios, ahora vengan muchos, ahora pocos, á coger de esta agua; y esa es la magnificencia de Dios, y la grandeza de su bondad y misericordia, y que haya tanta abundancia de doctrina en la Iglesia, que siempre estén manando y corriendo las fuentes para quien tuviere sed y quisiere beber: *Omnnes sitientes ve-*

nite ad aquas: et qui non habetis argentum, properate, emite, et comedite: venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum, et lac. Isai, LV, v. 1. Todos los que teneis sed, venid á las aguas; y los que no teneis plata, daos priesa, venid, y comprad, y como sin precio ni dinero, vino y leche.

Lo segundo, conviene esto tambien á la justicia de Dios; porque si los hombres no se aprovecharen y convirtieren con tantos avisos, pláticas y sermones, á lo menos servirá eso para justificar mas la causa de Dios: *Ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas, cum iudicaris.* Psalm. L, v. 6. Quiere Dios justificar muy bien su causa con los pecadores, y que vean que no queda por él, sino por ellos, para que no tengan excusa ni de qué quejarse, sino de sí mismos, viendo los muchos medios y ayudas que tenían, y que aun cuando ellos no querian venir á oír el sermón, les iban á predicar á las plazas; y así se pone Dios á dar razon y satisfaccion á su pueblo de lo que ha hecho por él, diciendo por Isaias, c. v, v. 2: *Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? ¿Qué mas habia yo de hacer con mi viña de lo que he hecho? Yo la planté, yo la cerqué, yo edificué una torre en medio de ella para su defensa: Et expectavi, ut faceret uvas, et fecit labruscas;* y despues en lugar de uvas dió agrazones: *Nunc ergo habitatores Hierusalem, et viri Juda iudicate inter me, et vi-*

neam meam: Pues juzgad ahora entre mí y mi viña, y mirad por quién queda el dejar de dar fruto. No es poco; sino mucho, que sirvais vos de hacer las partes de Dios, y de justificar su causa con los pecadores el dia del juicio: vuestros sermones y avisos acusarán, convencerán y condenarán á los malos, que no tendrán que responder.

De manera que por cualquier parte que tomemos este negocio conviene nunca cesar de hacer todo lo que es de nuestra parte en ayuda de los prójimos, ahora se conviertan y aprovechen, ahora no. Dice muy bien san Agustin (1) sobre aquella parábola de los convidados, hablando de aquel siervo que por mandado de su señor salió á convidar á la cena, y algunos no quisieron venir: ¿Por ventura aquel siervo será contado entre los perezosos, porque los otros no vinieron á la cena? No por cierto, sino entre los diligentes y cuidadosos; porque él ya hizo lo que le fue mandado, ya los convidó, ya les rogó, é hizo lo que era de su parte para que viniesen á la cena: no quisieron venir; ellos serán los castigados, que el siervo no será sino premiado por su buena diligencia, como si todos hubieran venido. De lo que Dios nos pedirá á nosotros cuenta es, si hicimos todo lo que podíamos y debíamos, para que se

(1) August. lib. de fide et operib. c. 17; Matth. XXII, 3.

aprovechasen los prójimos: que el otro se aproveche, eso bueno es, y todos lo habemos de desear, y holgarnos mucho de eso, como lo leemos en el sagrado Evangelio (1), que se regocijó Cristo nuestro Redentor en espíritu, cuando viniendo los discípulos de predicar habian hecho gran fruto; pero al fin no está eso á nuestra cuenta, sino á cuenta del otro. Cada uno ha de dar cuenta á Dios de lo que le toca: nosotros la daremos de si hicimos bien nuestro oficio, y todo lo que era de nuestra parte para aprovechar á los prójimos; y ellos la darán, y muy estrecha, de cómo se aprovecharon de eso.

De manera que no depende nuestro merecimiento, ni la perfeccion de nuestra obra, de que el otro se aproveche ó no; antes podemos añadir aquí otra cosa para nuestro consuelo, ó por mejor decir, para consuelo de nuestro desconsuelo, y es, que no solamente no depende nuestro merecimiento, y nuestro premio y galardón, de que los otros se conviertan, y de que se haga mucho fruto, sino que en cierta manera podemos decir que hacemos y merecemos mas cuando no hay nada de eso, que cuando se ve el fruto al ojo: al modo que solemos decir tratando de la oracion, que hace mas el que persevera en ella cuando no tiene devocion, sino sequedad y distraccion, que el que persevera en ella teniendo

(1) Luc. x, 22.

devocion y consuelo; porque ver el predicador que es muy oído y seguido de la gente, y que se aprovechan y convierten muchos con sus sermones, es un gusto y consuelo muy grande, y que alienta y anima mucho, y hace que no se sienta el trabajo, como lo nota muy bien san Gregorio, lib. 35 Mor., cap. 11; y por el contrario, dice, el ver que no se aprovechan los oyentes, ni se hace fruto ninguno, es de suyo gran desconsuelo y gran dolor; y así no se le quebrar á uno las alas con esto, sino perseverar y trabajar como si le oyera todo el mundo, y se aprocharan mucho de su trabajo, es cosa de mucha perfeccion, y en que se ve bien que lo que se hace es puramente por Dios.

Pues con esta puridad y perfeccion habemos de procurar hacer nuestros ministerios (1), no poniendo los ojos principalmente en el fruto y buen suceso de las obras, sino en hacer en esas la voluntad de Dios, y en hacerlas lo mejor que pudiéremos para agradar á Dios; porque eso es lo que su divina Majestad nos pide y quiere de nosotros, y de esta manera no nos impedirá el trabajo, ni nos hará desmayar el poco fruto ó el ruin suceso, ni nos turbará ni quitará nuestra paz ni nuestro contento, como suele acaecer á los que llevan muy puestos los ojos en el fruto y en el buen suceso de la obra.

(1) Part. 1, tract. 2, cap. 11.